

"Con renovado impulso y fervor. La Compañía de Jesús responde a la invitación de Benedicto XVI"

(CG 35; Decreto 1, 2008)

INTRODUCCIÓN

1. Respuesta consolada a una invitación

Con este decreto "la Compañía de Jesús responde a la invitación de Benedicto XVI." Este decreto tiene una doble explicación. La C.G. 35 debía responder a una carta del Papa actual dirigida al comienzo de la Congregación al P. Peter-Hans Kolvenbach, siendo aún General, para que la transmitiera a la Congregación, y también al discurso del Papa en la audiencia del 21 de febrero de 2008 a todos los congregados. Pero el decreto se enraíza además, y tal vez más hondamente, en una experiencia de consolación vivida por los congregados en la misma audiencia con el Papa.

Esta experiencia de consolación puede haber sido causada por varios contenidos del discurso. Aquel donde Benedicto XVI recoge las frases grandemente elogiosas de Pablo VI a la CG 32; la cita de nombres concretos de esos jesuitas "ilustres" que, en el discurso de Pablo VI de 1974, habían quedado sin nombrar: Francisco Javier, Mateo Ricci en China, Roberto De Nobili en la India, y los jesuitas de las reducciones del Paraguay –todos ellos, menos Javier, objeto de fuertes sospechas eclesiásticas no sólo en su tiempo sino también durante varios siglos después-. A esto se añadió la mención del Cardenal Albert Vanhoye como director de los Ejercicios Espirituales del Papa y de la Curia Romana al comienzo de la Cuaresma de 2008; la recitación en común del "Tomad, Señor, y recibid" al final de su discurso –plegaría con la que también

termina el decreto 1-. Pero sobre todo la mención, después de la “pasión” que tuvo que sufrir desde su derrame cerebral y durante la intervención de la Compañía por Juan Pablo II, del P. Arrupe y de sus “intuiciones proféticas”, especialmente del “servicio a los refugiados”; y el trozo del Discurso en que dijo que “os animo a proseguir y renovar vuestra misión entre los pobres y con los pobres”, así como su mención de las “causas estructurales” de las “situaciones de injusticia y pobreza en el mundo actual”, que “es menester comprometerse a comprender y combatir”, sin dejar también de “bajar al propio corazón del hombre a luchar en él contra las raíces profundas del mal, contra el pecado que lo separa de Dios, sin olvidar por ello responder a las necesidades más apremiantes en el espíritu de la caridad de Cristo” (párrafo 8 del Discurso, citado en el n 6 de este primer decreto). Toda esta manera de hablar constituyó para muchos jesuitas congregados como un gesto simbólico extraordinario de que la Compañía podía contar con una comprensión profunda del Papa, en un contexto del Vaticano, donde otros personajes eclesiásticos sospechaban de ella,

2. Respuesta anclada en la fidelidad

El Decreto 1 no es el único decreto de los últimos tiempos de la Compañía sobre “el sentido verdadero que en el servicio de la Iglesia debemos tener”, frase que se encuentra en el libro de los Ejercicios Espirituales, en el título de las reglas para sentir con la Iglesia [352]. Al menos desde la C.G. 31 (1965-66), en cada Congregación General se ha tocado este punto. En la XXXI se respondió al llamado de Pablo VI sobre el ateísmo con el decreto 3, “Misión de la Compañía acerca del ateísmo”. En la XXXII, se respondió a las serias preguntas de Pablo VI sobre nuestras dudas de identidad y sobre nuestra fidelidad a la Iglesia con el Decreto 2, “Jesuitas hoy”, mejor llamado “Declaración” sobre nuestra identidad por la Congregación, y con el decreto 3 “Fidelidad al magisterio y al Sumo Pontífice”. En el Decreto principal y más largo de la C.G. XXXIII, el número 1, “Compañeros de Jesús enviados al mundo de hoy”, después de la introducción (nn 1-5), la primera parte comienza con un apartado sobre “Vida en la Iglesia” (nn 6-8), que vuelve a reiterar (después de la intervención pontificia por Juan Pablo II de oct 1981 a sept. 1983) la fidelidad de la Compañía a la Iglesia. La C.G. XXXIV, que no tuvo una exhortación especial a esa fidelidad de parte de Juan Pablo II, tal vez porque le impactó la obediencia de la Compañía durante la intervención,

redactó, sin embargo, otro decreto, el 11, dedicado a “El sentido verdadero que en el servicio de la Iglesia debemos tener”. Su número (11) indica que no se necesitó ubicarlo muy al principio de los decretos, una señal de que las aguas estaban calmadas.

Así pues, parece evidente que la Compañía de Jesús ha tenido que afrontar su relación de fidelidad con la más alta autoridad de la Iglesia una y otra vez en el mundo actual, porque ha tenido que vivirla en dialéctica con aquel estar “en las encrucijadas” donde se juega la relación del Evangelio con el mundo. Para Ignacio, las misiones o envíos del Papa eran una garantía de universalidad apostólica mayor que si nos concentráramos en diócesis. Pero esa misma universalidad, que lleva a ir incluso más allá del hogar eclesial, se volvió a veces signo de contradicción en la misma Iglesia. ¿Habremos resuelto esta dialéctica del modo como ya lo insinuaba Ignacio –y los dos Papas que firmaron los documentos que contenían la aprobación de la Fórmula Institucional de la Compañía-, es decir con una profunda libertad de vivir la vida ante Dios más que ante ninguna otra instancia, procurando “traer delante de sus ojos todos los días de su vida a Dios primeramente, y luego...” aquellas otras instancias que son “caminos para ir a Dios”?

En este contexto de relaciones difíciles, por dialécticas, entre los últimos Papas y la Compañía de Jesús se ubica el decreto 1 de la C.G. 35. Su título principal proviene del mismo discurso del Papa: “Espero, pues, ardientemente que toda la Compañía de Jesús, gracias a los resultados de vuestra Congregación, pueda vivir *con renovado impulso y fervor* la misión para la que el Espíritu la suscitó en la Iglesia y la ha conservado durante más de cuatro siglos y medio con extraordinaria fecundidad de frutos apostólicos.” (n 2) (y ver también el n 16 del mismo decreto 1). Pero el título complementario, “La Compañía de Jesús responde a la invitación de Benedicto XVI”, es singular en sí mismo. En ninguno de los decretos –ya citados- sobre este tema de las Congregaciones anteriores se hablaba de “invitación” para resumir el contenido de los discursos de Papa. En ninguno de los decretos anteriores se mencionaba explícitamente en el título al Papa con su nombre. Es una indicación de esa experiencia fuerte que parece que vivió una gran mayoría de los congregados en la 35.

El decreto recoge una de las frases del discurso del Papa que puede ser bueno reflexionar preguntándonos hasta qué pun-

to representa un desafío para nosotros: Que “estén dispuestos” (¿se refiere sólo a nuestros teólogos, a los que ha mencionado un poco antes, o a todos los compañeros de Jesús?) “-según el más genuino espíritu ignaciano de sentir ‘con la Iglesia y en la Iglesia’- a ‘amar y servir’ al Vicario de Cristo en la tierra *con la devoción ‘efectiva y afectiva’* que debe convertirlos en valiosos e insustituibles colaboradores suyos en su servicio a la Iglesia universal” (n 7 del discurso y n 13 del decreto 1). El desafío puede estar en lo que he enfatizado, pues en el contexto de tanto roce como ha existido, a veces conflictivo, no es fácil que la dedicación de los jesuitas, y de las personas que con ellos colaboran, a los diversos Papas sea no sólo efectiva, sino que también esté afectivamente sellada.

Otro desafío clarísimo está formulado así: “No podemos separar el amor a Cristo de este ‘sentido de la Iglesia’, que lleva a que toda la Compañía ‘se esfuerce, cada vez más, en una fuerte y creativa inserción en la vida de la Iglesia, que nos haga experimentar y sentir internamente su misterio’” (n 16, citando a la CG XXXIII, 1, n 8). Una vez más se trata de una relación dialéctica; la que existe entre un Cristo que “sustenta todo” (Hbr 1, 3), que es “primogénito de toda la creación, pues por él fue creado todo, en el cielo y en la tierra” (Col 1, 15-16) y, justamente por eso, nos lleva más allá de las fronteras de la Iglesia, y, por otro lado, ese mismo Cristo que “amó a la Iglesia y se entregó por ella” como esposo hasta su misma muerte (Ef 5, 25-32).

El decreto, al responder “a la invitación de Benedicto XVI”, se basa mucho más en el discurso del 21 de febrero que en la carta del 10 de enero¹. Un punto claro nos lo ofrecen los temas doctrinales que preocupan al Papa. El decreto 1 usa la redacción de ellos en el Discurso, no la redacción –más pormenorizada- de la Carta. Es la primera vez desde la elección (forzada por la presión del Papa) del General Tirso González (1700), teólogo moral, en que un Papa no sólo nos pide fidelidad al magisterio sino que, además pide fidelidad al magisterio en varios puntos doctrinales concretos, añadiendo que “deben ser profundizados e iluminados en el con-

¹ La carta del Papa al P. Kolvenbach se puede consultar en un folleto que la Oficina del P. Provincial entregó a las comunidades de la Provincia, proveniente de la CPAL. En la redacción definitiva de los documentos no aparecen ni la Carta ni el Discurso, ni el discurso del P. General en la audiencia papal, ni las homilias del P. General en el Gesù.

texto de la realidad contemporánea, pero conservando la sintonía con el Magisterio necesaria para impedir que se siembre confusión y desconcierto en el pueblo de Dios.” (párrafo 6 del Discurso).

Probablemente por eso, el Decreto 1 afirma, citando al Vat II, DV 7-10 y a la Instrucción *Donum veritatis*² 13-14, que “la Congregación General 35 expresa su adhesión total a la fe y a la enseñanza de la Iglesia tal como llegan hasta nosotros *en esa estrecha unidad entre Escritura, Tradición y Magisterio*” (n 8). Se trata de un apunte que indica la complejidad de las cuestiones doctrinales en la Iglesia, más aún aquellas que no han sido afirmadas por medio de una definición dogmática.

3. Respuesta consecuente con la identidad

El Papa tiene en su Discurso una frase, que interpreta en sentido muy amplio el cuarto voto de los jesuitas, e incluso afirma que debemos “recuperar” ese sentido que él enfatiza: “...os he invitado y hoy también os invito a reflexionar para *recuperar* el sentido más pleno de ese ‘cuarto voto’ característico vuestro de obediencia al Sucesor de Pedro; un voto que no implica tan sólo disposición a ser enviados a misionar en tierras lejanas, sino también –según el más genuino espíritu ignaciano de ‘sentir con la Iglesia y en la Iglesia- a ‘amar y servir’... (viene a continuación la frase citada en el punto 5, arriba)...”. Pero la Congregación General 35, en su decreto 1 no cita esa frase como interpretación papal del “genuino espíritu ignaciano”, sino que dice así, citando el n 18 del decreto 11 de la 34: “ ‘En el espíritu del cuarto voto *circa misiones* (= acerca de las misiones o envíos; nota mía: JHP), que tan particularmente nos une con el Santo Padre’, deseamos expresarle nuestra sincera voluntad de realizar lo que nos invita a poner en práctica y lo que nos anima a continuar o a comenzar.” (n 17). Es decir, la 35 asume que la interpretación auténtica que la 34 dio del cuarto voto, una interpretación que fue aprobada, conjuntamente con sus demás decretos, por Juan Pablo II, es la que ha de mantenerse. Aunque la CG 35 sí cita las palabras que, antes, expresé como “desafío”. Las cita, sin embargo, desvinculadas de que constituyan una interpretación del Cuarto Voto.

Para terminar, ¿habría sido talvez mejor mantener en el decreto 1, de alguna manera, la tensión que Ignacio mantiene en la

² = El regalo de la verdad.

Fórmula del Instituto de 1550, firmada como Letras Apostólicas *Exposcit debitum*³ por Julio III? Ahí aparece fuertemente el ser eclesial de la Compañía. Veámoslo: “Cualquiera que en nuestra Compañía, que deseamos se distinga con el nombre de Jesús, quiera ser soldado para Dios bajo la bandera de la cruz y servir al solo Señor y a la Iglesia su Esposa bajo el Romano Pontífice Vicario de Cristo en la tierra...”⁴.

Hay pues, en la vocación de los compañeros de Jesús un “servir...a la Iglesia su (del Señor Jesús) esposa bajo el Romano Pontífice Vicario de Cristo en la tierra...” Al igual que Ignacio habla, en las “reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener”: “creyendo que entre Cristo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia, su esposa, es el mismo Espíritu que nos gobierna y rige” [365]... “depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la vera esposa de Cristo nuestro Señor, que es la nuestra santa madre Iglesia jerárquica” [353]. Hay coherencia entre la Fórmula y las Reglas por lo que toca a la Iglesia “esposa”, cuya mención evoca –como ya hemos dicho– el misterio del amor de Cristo por su esposa, la Iglesia, “sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e irreprochable” (Ef 5, 25-27.32).

Y está claro también que el “ser soldado” (*militare*) en la Compañía es “para Dios”, no para ninguna otra cosa o persona o institución. La Compañía es “de Jesús”. Y, además, el “ser soldado” (*militare*) no lo es de cualquier manera, sino “bajo la bandera de la cruz”. Hay “un solo Señor”. A El hay que “servir” en primer lugar. Y ese “servir” es también, inseparablemente, servicio crucificado a la Iglesia bajo el Romano Pontífice.

Por si fuera poco, también con la Compañía ocurre la misma tensión, como se verá si completamos una cita antes ya recogida: “Cualquiera que en nuestra Compañía...quiera ser soldado para Dios...procure tener ante los ojos mientras viva, *primero* a Dios, y luego el modo de ser de su Instituto, que es camino hacia El.”

³ = Lo demanda la deuda.

⁴ La frase está citada en el decreto 1, n 9, y es posible que necesite actualización o historización hoy.

Así se entiende la libertad de Ignacio, que afirmaba que si la Compañía se destruyera le bastaría un cuarto de hora de oración para quedar en paz.

Juan Hernández Pico, SJ
El Salvador.

DECRETO

I. Una experiencia espiritual de consolación en el Señor

1. La Congregación General 35 ha estado enmarcada por dos manifestaciones de profundo afecto del Santo Padre: la carta del día 10 de enero y la audiencia del 21 de febrero. A semejanza de Ignacio y de sus primeros compañeros, allí estábamos los 225 congregados, con nuestro P. General Adolfo Nicolás a la cabeza, como Congregación General de la Compañía de Jesús, para ser acogidos por el Vicario de Cristo y escuchar, con apertura de corazón, sus indicaciones sobre nuestra misión. Fue una densa y conmovedora experiencia espiritual.

En su alocución, el Papa Benedicto XVI demostró abiertamente su confianza, cercanía espiritual y aprecio profundo hacia la Compañía de Jesús, con palabras que nos han llegado al corazón, impulsando e inspirando nuestro deseo de servir a la Iglesia en este mundo marcado por “numerosos y complejos desafíos sociales, culturales y religiosos”¹.

2. A la luz de estos dos acontecimientos recibe nueva claridad la ardua tarea de la Congregación General. De hecho, concluida la elección del Prepósito General, la mayor parte de nuestros trabajos se concentró en temas que afectan nuestra identidad, vida y misión. Como es su deber, la Congregación General auscultó con cuidado la situación de nuestro cuerpo apostólico para poder dar orientaciones que alienten y hagan crecer la calidad espiritual y evangélica de nuestro modo de ser y proceder, ante todo nuestra íntima unión con Cristo, “secreto del auténtico éxito del empeño apostólico y misionero de todo cristiano, y aún más de cuantos son llamados a un servicio más directo del Evangelio”².

3. Este esfuerzo de honestidad total con nosotros y delante de Dios tuvo mucho de la experiencia de la primera semana de los Ejercicios Espirituales: nos ayudó a descubrir y reconocer nuestras debilidades e incoherencias, pero también la profundidad de nuestro deseo de servir; y exigió de nosotros una revisión de nuestras actitudes y modo de vivir.

¹ BENEDICTO XVI, *Carta al R. P. Peter-Hans Kolvenbach (10 de enero 2008)*, §3 (Carta).

² Carta, §2.

4. Sin embargo, esta experiencia no podía perder de vista la perspectiva que la justifica: nuestra misión. De hecho, el paso de la primera a la segunda semana de los Ejercicios consiste en un cambio de perspectiva: el ejercitante experimenta que toda su vida ha sido abrazada por la misericordia y el perdón, y deja de mirarse para pasar a “contemplar” a “Cristo, Rey eterno, y delante de él todo el universo mundo al qual y a cada uno en particular llama”³. Somos en verdad pecadores y, sin embargo, llamados a ser compañeros de Jesús, como lo fue San Ignacio⁴.

5. Ese fue, en los congregados, el efecto espiritual del discurso del Santo Padre en la audiencia del día 21. Al dibujar ante nuestros ojos, con profundo afecto, una visión dinámica de nuestra misión y servicio a la Iglesia, parecía decirnos: volved la mirada hacia el futuro “para responder a las expectativas que la Iglesia tiene puestas en vosotros”⁵.

II. Confirmados y enviados en misión

6. Con palabras cargadas de fuerza, el Santo Padre nos situaba definitivamente ante el futuro de nuestra misión. Una misión expresada con toda claridad y firmeza: defensa y propagación de la fe que nos haga descubrir nuevos horizontes y llegar a las nuevas fronteras sociales, culturales y religiosas que, por ser fronteras – recordaba el P. Adolfo Nicolás en sus palabras de saludo al Papa – pueden ser lugares de conflicto y tensión que ponen en peligro nuestra reputación, tranquilidad y seguridad. Por eso nos conmovió la evocación de nuestro P. Arrupe, a cuya iniciativa de servicio a los refugiados se refirió el Papa como una de sus “últimas intuiciones clarividentes”⁶.

Se trata de mantener unidos el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Benedicto XVI nos ha recordado que la injusticia que genera pobreza tiene “causas estructurales” que es necesario combatir⁷ y que la razón de empeñarse en esa lucha viene de la misma fe: “la opción preferencial por los pobres está implícita

³ Ejercicios Espirituales, 95.

⁴ Cfr. CG 32, d. 2, n. 1.

⁵ *BENEDICTO XVI, Discurso a la Congregación General 35ª de la Compañía de Jesús* (21 de febrero 2008), §1 (Discurso).

⁶ Discurso, § 8.

⁷ Discurso, § 8.

en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (2 Cor 8, 9)⁸.

Al enviarnos a los “lugares físicos y espirituales a los que otros no llegan o encuentran difícil hacerlo”⁹, el Papa nos confía la tarea de ser “puentes de comprensión y de diálogo”¹⁰, según la mejor tradición de la Compañía, en la variedad de sus apostolados: “A lo largo de su historia, la Compañía de Jesús ha vivido experiencias extraordinarias de anuncio y de encuentro entre el Evangelio y las culturas del mundo: basta pensar en Matteo Ricci en China, en Roberto De Nobili en la India o en las ‘reducciones’ de América Latina. Y de ello estáis justamente orgullosos. Hoy siento el deber de exhortaros a seguir de nuevo las huellas de vuestros antecesores con la misma valentía e inteligencia, pero también con la misma profunda motivación de fe y pasión por servir al Señor y a su Iglesia”¹¹. De manera decidida Benedicto XVI confirmó lo que nuestras últimas Congregaciones Generales dijeron de nuestra misión específica de servicio a la Iglesia.

7. Bajo esta luz podemos comprender mejor por qué insiste tanto el Santo Padre – en su carta y en el discurso – en que “la obra evangelizadora de la Iglesia cuenta, por tanto, mucho con la responsabilidad formativa que la Compañía tiene en el campo de la teología, de la espiritualidad y de la misión”¹². En una época de complejos desafíos sociales, culturales y religiosos el Papa nos pide que demos una ayuda fiel a la Iglesia. Esta fidelidad exige dedicarse a una investigación seria y rigurosa en el campo teológico y en el diálogo con el mundo moderno, con las culturas y con las religiones. Lo que la Iglesia espera de nosotros es una colaboración sincera en la búsqueda de la verdad plena hacia la que nos conduce el Espíritu, en adhesión total a la fe y a la enseñanza de la Iglesia. Esta ayuda y este servicio no se limitan a nuestros teólogos; se extiende a todos los jesuitas, llamados a actuar con mucho tacto pastoral en la variedad de nuestras misiones y trabajos apostólicos, y han de manifestarse también en nuestras instituciones como una nota característica de su identidad.

⁸ *Discurso*, § 8.

⁹ *Discurso*, § 2.

¹⁰ *Discurso*, § 5.

¹¹ *Discurso*, § 5.

¹² *Carta*, § 6.

III. Respuesta de la Compañía a la interpelación del Santo Padre

8. Es evidente que la Compañía no puede dejar pasar este momento histórico sin dar una respuesta que esté a la altura del carisma eclesial de San Ignacio. El Sucesor de Pedro nos ha manifestado la confianza que deposita en nosotros; de nuestra parte, como cuerpo apostólico, deseamos sinceramente responder a su llamada con el mismo calor y afecto que él nos ha demostrado y afirmar de manera decidida lo que tiene de específico nuestra disponibilidad al “Vicario de Cristo en la tierra”¹³. La Congregación General 35 expresa su adhesión total a la fe y a la enseñanza de la Iglesia tal como llegan hasta nosotros, en esa estrecha unidad entre Escritura, Tradición y Magisterio¹⁴.

9. Por eso, esta Congregación General llama a todos los jesuitas a vivir con un corazón grande y con no menor generosidad lo que está en el corazón de nuestra vocación: “combatir por Dios bajo el estandarte de la cruz y servir sólo al Señor y a la Iglesia su Esposa, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra”¹⁵.

10. Desde el principio de nuestra formación y a lo largo de la vida debemos ser y permanecer hombres familiarizados con las cosas de Dios. Nuestro deseo es y ha de ser crecer siempre en un “conocimiento interno del Señor que por mí se hizo hombre, para que más le ame y le siga”¹⁶, lo mismo en la oración que en la vida comunitaria y en la acción apostólica. Como decía Nadal, “la Compañía es fervor”¹⁷.

11. Sabemos que “la mediocridad no tiene lugar en la visión del mundo de Ignacio”¹⁸. Por eso es fundamental dar a los jesuitas más jóvenes una formación humana, espiritual, intelectual y eclesial tan profunda como sólida, de modo que cada uno pueda vivir plenamente nuestra misión en el mundo con “el sentido verdadero que en el servicio de la Iglesia debemos tener”¹⁹.

¹³ *Exposcit debitum* (1550), §3 (MHSI 63, 375).

¹⁴ 14 Cfr. *Vaticano II*, *Dei Verbum* 7-10; cfr. *Instrucción Donum veritatis* nn. 6, 13-14.

¹⁵ *Exposcit debitum* (1550), §3 (MHSI 63, 375).

¹⁶ *Ejercicios espirituales*, 104.

¹⁷ Cfr. Jerónimo NADAL, *Plática 3ª en Alcalá* (1561), § 60 (MHSI 90, 296).

¹⁸ Peter-Hans KOLVENBACH, “To friends and Colleagues of the Society of Jesus”, AR 20 (1988-1993) 606.

¹⁹ CG 34, d. 11.

12. Para ser verdaderos contemplativos en la acción, buscando y encontrando de hecho a Dios en todas las cosas, es necesario que volvamos una y otra vez a la experiencia espiritual de los Ejercicios Espirituales. Por ser “un don que el Espíritu del Señor ha dado a toda la Iglesia”, debemos, siguiendo la llamada del Santo Padre, “prestar atención especial al ministerio de los Ejercicios Espirituales”²⁰.

13. Somos conscientes de la importancia que tiene el apostolado intelectual para la vida y la misión de la Iglesia hoy, como nos lo ha recordado varias veces Benedicto XVI desde el inicio de su pontificado. Hemos escuchado su interpelación y deseamos darle una respuesta plena. En ese sentido animamos a nuestros teólogos a que continúen su tarea con valentía e inteligencia, pues el mismo Santo Padre nos recuerda que “no es éste ciertamente un empeño fácil, especialmente cuando se está llamado a anunciar el Evangelio en contextos sociales y culturales muy diversos y hay que confrontarse con mentalidades diferentes”²¹. Teniendo presentes las dificultades peculiares que lleva consigo hoy la tarea de la evangelización, es importante que estén dispuestos “–según el más genuino espíritu ignaciano de ‘sentir con la Iglesia y en la Iglesia’– a ‘amar y servir’ al Vicario de Cristo en la tierra con la devoción ‘efectiva y afectiva’ que debe convertirlos en valiosos e insustituibles colaboradores suyos en su servicio a la Iglesia universal”²². Vivir ese trabajo en las “nuevas fronteras” de nuestra época exige de nosotros que estemos arraigados de manera siempre renovada en el corazón de la Iglesia. Esta tensión, propia del carisma ignaciano, permitirá encontrar los caminos de una auténtica fidelidad creativa.

14. En la línea del decreto 11 de la Congregación General 34 y de la alocución final del P. Kolvenbach a la Congregación de Procuradores en Loyola, en septiembre de 2003, invitamos a cada jesuita que considere cuál debe ser “nuestro sentido verdadero en el servicio de la Iglesia”. Se trata de reconocer –con honestidad ante nosotros y delante de Dios– que no siempre nuestras reac-

²⁰ *Discurso*, § 9.

²¹ *Carta*, § 5.

²² *Discurso*, § 7. [Nota del editor: la referencia del Papa utiliza el verbo convertirlos, en la cita se ha puesto el término convertirlos por mantener la corrección gramatical.]

ciones y actitudes expresan lo que nuestro Instituto espera de nosotros: ser “hombres humildes y prudentes en Cristo”²³. Lo lamentamos de verdad, conscientes de nuestra responsabilidad común como cuerpo apostólico. Por eso pedimos a cada jesuita que, con una actitud decididamente constructiva, se esfuerce junto al Papa por crear un espíritu de “comunidad”, de modo que la Iglesia sea capaz de llevar el Evangelio a un mundo tan complejo y agitado como es el nuestro.

15. Dentro del espíritu del Examen²⁴ pedimos al Señor la gracia de la conversión y convidamos a cada uno de nuestros compañeros a “examinar” su manera de vivir y trabajar en las “nuevas fronteras” de nuestro tiempo. Se trata de examinarse sobre: las exigencias de nuestra “misión en medio de los pobres y con los pobres”; nuestro compromiso en el ministerio de los Ejercicios Espirituales; nuestra preocupación por la formación humana y cristiana de “las personas más diversas”; la preocupación de “la sintonía con el Magisterio que evite provocar confusión y desconcierto en el Pueblo de Dios”²⁵ en lo que se refiere a “los temas –hoy continuamente debatidos y puestos en tela de juicio– de la salvación de todos los hombres en Cristo, de la moral sexual, del matrimonio y de la familia, [...] en el contexto de la realidad contemporánea”²⁶. Por eso, cada jesuita es invitado a reconocer humildemente sus errores y sus faltas, a pedir al Señor gracia para vivir la misión y, si fuera necesario, a impetrar la gracia de su perdón.

16. La carta y la alocución del Santo Padre nos abren a un momento histórico nuevo. La Congregación General 35 nos ofrece la ocasión de vivir “con renovado impulso y fervor la misión para la que el Espíritu la suscitó [a la Compañía] en la Iglesia”²⁷. Conscientes de nuestra responsabilidad en la Iglesia y con la Iglesia, deseamos amarla y hacerla amar cada vez más, porque ella es la que conduce el mundo a Cristo humilde y pobre y anuncia a cada hombre que “Deus caritas est”²⁸. No podemos separar el amor a

²³ *Exposcit debitum* (1550), § 6 (MHSI 63, 381).

²⁴ *Ejercicios Espirituales*, 32-43.

²⁵ *Discurso*, § 6.

²⁶ *Discurso*, § 6.

²⁷ *Discurso*, § 2.

²⁸ *BENEDICTO XVI, Deus caritas est.*

Cristo de este "sentido de la Iglesia"²⁹ que lleva a que toda la Compañía "se esfuerce, cada vez más, en una fuerte y creativa inserción en la vida de la Iglesia, que nos haga experimentar y sentir internamente su misterio"³⁰.

17. Reconocemos en la carta del Santo Padre del 10 de enero y en la alocución de la audiencia del 21 de febrero lo que el Señor nos llama a ser y a vivir con más intensidad. "En el espíritu del cuarto voto circa misiones, que tan particularmente nos une con el Santo Padre"³¹, deseamos expresarle nuestra sincera voluntad de realizar lo que nos invita a poner en práctica y lo que nos anima a continuar o a comenzar. Así le expresamos nuestra disponibilidad renovada para ser enviados a la viña del Señor donde juzgare mejor para un mayor servicio de la Iglesia y una mayor gloria de Dios. Al mismo tiempo que pedimos al Señor la fuerza de su Espíritu para que nos conceda realizar su voluntad, unimos nuestras voces a la del sucesor de Pedro para decir con él:

"Tomad Señor y recibid toda mi libertad,
Mi memoria, mi entendimiento
y toda mi voluntad,
todo mi haber y mi poseer.
Vos me lo disteis, a Vos Señor lo torno.
Todo es vuestro;
disponed a toda vuestra voluntad;
dadme vuestro amor y gracia
que ésta me basta"³².

²⁹ *Ejercicios Espirituales*, 352-370: "Reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener".

³⁰ CG 33, d. 1, n. 8.

³¹ CG 34, d. 11, n. 18.

³² *Ejercicios Espirituales*, 234.

METODOLOGÍA

A. Otros textos de referencia

Son los diversos decretos de Congregaciones anteriores, desde la 31 a la 34, que hemos mencionado en el número 2 de esta Introducción al D 1 de la 35³³.

B. Guía para la reflexión personal

- Las preguntas podrían ser:
 - + ¿Dónde en el Decreto 1 de la C.G. 35 descubrimos esa libertad ignaciana?
 - + ¿Qué puntos del Decreto 1 te conmueven más (o te sacuden)?
 - + ¿Participas de la consolación que los congregados, en su gran mayoría, sintieron? ¿O tus sentimientos son otros? ¿Cuáles?

C. Sugerencias para el diálogo en grupo

- Consúltese a los/las participantes sobre si han podido leer algunos de los otros textos de referencia.
- Consúltese a los/las participantes si han leído el Decreto 1 y esta Introducción. Si no los han leído, dése un tiempo suficiente para leerlos antes de dialogarlo.
- Para ambientar la reunión leer, orar y comentar juntos Juan 21, 15-19. Aquí se recoge un aspecto importante, quizá el central, del ministerio petrino (el del Papa): “cuidar de las ovejas”, “guiarnos en la fe”...
- Hágase una pregunta amplia sobre dudas de comprensión de los dos textos (el Decreto y su Introducción). Por ejemplo, ¿Qué se entiende por una relación dialéctica? ¿Qué significa ser enviado a trabajar apostólicamente fuera de nuestro hogar eclesial? ¿Quiénes fueron Ricci y De Nobili? ¿Y las reducciones del Paraguay? ¿Quién es el Cardenal Vanhoye? ¿Qué es el Servicio Jesuita para los Refugia-

³³ Estos otros textos pueden encontrarse en los documentos de las Congregaciones Generales, que normalmente tendrán los jesuitas o estarán en sus bibliotecas. Ellos podrían prestárselos.

dos? ¿Quién fue el P. Arrupe? ¿Qué es una definición dogmática? Etc.

- Dialóguese sobre las impresiones que le produce la lectura de este Decreto, y sobre las emociones que les suscita o despierta, y sobre si se sienten alegres, tristes, sacudidos/as, conmovidos/as, al leerlo, o sobre si lo encuentran lo más natural del mundo o les sorprende.
- Dialóguese sobre las repercusiones de este Decreto para la Educación en la fe o la Catequesis o para las actividades transversales universitarias de integración o para la Reflexión teológica en nuestras obras, etc.
- Terminar la reunión pidiendo al Señor nos regale el auténtico "Sentir con la Iglesia, en la Iglesia y como Iglesia", y un Padre Nuestro.